

PALABRA, DEMOCRACIA Y PODER EN LA ANTIGUA ATENAS

Adriana Beatriz Martino*

SUMARIO: En la Atenas del siglo V a.C. y bajo la égida de la Democracia se produjo el gran vuelco que condujo al “libre juego de la palabra”, expuesta y sostenida por el hombre común para debatir en política, para defenderse, para fundamentar y persuadir, para justificar y celebrar, en fin, para expresar un pensamiento ordenado, coherente e inteligible, sustento del equilibrio y del progreso. Sin embargo, este “juego desacralizador” del discurso daría la vuelta hacia una nueva “sacralización” (como ocurriera en tiempos del “mythos”), pero ahora al servicio de otro poder: el de los políticos y dirigentes del “demos”.

ABSTRACT: *The word, democracy and power in ancient Athens.*

In the 5th. Century B.C in Athens, while Democracy was in full swing, a major change led to “the free interplay of the word”, exposed and supported by the common man to argue in Politics, to defend, support and persuade others, to justify and celebrate. To put it in a nutshell, to be able to express his thoughts in an orderly, coherent and intelligible manner - a means towards balance and progress. However, the “desacralizing interplay” of discourse would lead back to a new “sacralization” (such as the one that took place at the time of “mythos”), but this time at the service of another power: the power of politicians and leaders of the “demos”.

Punto de partida

Decíamos en un trabajo anterior¹ que en la Atenas del siglo V a.C. y bajo la égida de la Democracia se produjo el gran vuelco que condujo al “libre juego de la palabra”, expuesta y sostenida por el hombre común para debatir en política, para defenderse, para fundamentar y persuadir, para justificar y celebrar, en fin, para expresar un pensamiento ordenado, coherente e inteligible, sustento del equilibrio y del progreso. Es decir, que todo el desarrollo del conocimiento occidental se inscribió en este proceso que podríamos definir como de “desacralización” de la palabra y que se impuso en el universo ateniense de la Pentecontecía, y sobre esas bases

se consolidaron las prácticas de “fundamentación” y “justificación” que caracterizan nuestro modo de pensar y argumentar².

Sin embargo, este juego desacralizador del discurso daría la vuelta hacia una nueva “sacralización” pero ahora al servicio de otro poder: el de los políticos y dirigentes del demos. Y ello también ocurrió en la Antigua Atenas -y seguramente en otras poleis de la Hélade- a partir de la década del 450 a.C. cuando la soberanía formal del Consejo, la Asamblea y los Tribunales de justicia obligó a todos los personajes públicos a realizar un ejercicio intelectual masivo y constante: el aprendizaje de las técnicas de persuasión efectiva para lograr fines concretos y contun-

* *Adriana Beatriz Martino* es Doctora en Historia Docente e Investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

dentes.

Nuestra hipótesis de trabajo sería entonces:

1. En la Atenas del siglo V a.C. se operó el proceso de “desacralización” de la palabra, es decir: a) dejó de ser verdadera en virtud de ser proferida por algún personaje privilegiado. b) Devino con ello una nueva forma de entender la verdad: a través del debate, la discusión y la argumentación, es decir el *agón*.

2. Sin embargo, hacia finales de ese siglo se produjo una nueva “sacralización” de la palabra - discurso”, ahora como instrumento de poder al servicio de un nuevo mandante: el demagogo, el retórico, el político ambicioso que lograba “torcer” las decisiones populares a su mejor arbitrio.

La palabra en la plenitud democrática

Afirma M. Mann³ que Grecia fue la primera cultura “alfabetizada” conocida de la historia. Y si bien el alfabeto se tomó de Fenicia, al que luego los griegos añadieron vocales, lo hicieron mediante una revisión de los caracteres consonánticos fenicios, que no tenían valor en su lengua.

Ahora bien, la revolución no se centró en esta técnica de poder, sino en su difusión al ciudadano medio.

Goody y Watt⁴ y Goody⁵, por ejemplo, consideran que esta alfabetización llevó a los griegos al reforzamiento de su identidad cultural, perfilándose como la primera cultura compartida, interclasista y estabilizadora de la historia, consensuada por los ciudadanos (“*politai*”) y sus familias, es decir, por aproximadamente un tercio de la población, así como por los extranjeros residentes⁶.

Fue especialmente Atenas la *polis* que extendió el proceso alfabetizador a mayor número de personas, saliendo así de los límites impuestos por la élite aristocrática tal como lo presuponía la vida en las nuevas instancias democráticas que se abrían hacia el siglo V a.C.

Vale decir, la alfabetización de los atenienses avanzó más que la de los espartanos, hecho que puede ser atribuido al sistema democrático imperante. Para estos momentos se había afianzado ya el pasaje de la palabra mágico-religiosa (“*mythos*”) -sustentada en el criterio de autoridad y sostenida por “maestros de la verdad”-, a la palabra lógico-racional - fundamentada en los principios de identidad, no contradicción y tercero excluido, que otorgan unidad y coherencia al discurso y al pensamiento⁷. Además, afinada en el debate, la discusión y la argumentación, es decir, en el *agón*.

Sin embargo, –como lo señala Stratton–, “la alfabetización sin límite intensificaba la democracia en forma de una ‘crisis política’”⁸. De ahí que la única estrategia viable para imponer la obediencia de un pueblo alfabetizado fuera la aplicación de leyes escritas objetivadas, las que necesitaron, para el logro de una eficiente práctica, del reforzamiento democrático. Es probable que la utilidad de la alfabetización para el desarrollo comercial, la administración y el afianzamiento de la solidaridad ciudadana y la democracia acrecentaran el naciente poderío ateniense en detrimento de Esparta, hasta colocarlo en el cenit de una hegemonía sustentada en el poderío comercial y militar, que a su vez afincaba en la riqueza y movilización de los ciudadanos.

Esta es la etapa en que la palabra, en las formas literarias más significativas de la

polis, los diálogos y la retórica, adquieren la contundencia de un instrumento de educación y de aplicación de la ley, de un arma de combate en los procesos y en las prácticas de la política, de un recurso irremplazable en el debate, en el *agón*. De “fórmula justa” emanada de un soberano y/o juez inapelables, se transformó en instrumento político a dirimirse en una puja oratoria donde debía ser formulada en discursos y expuesta en demostraciones antitéticas y argumentaciones opuestas⁹.

La palabra en la crisis de la *polis*

La Guerra del Peloponeso, con sus funestas consecuencias habría de cambiar las reglas del juego discursivo, que a partir de aquí –sin desconocer que desde siempre hubo “intencionalidades”–, ganó la oratoria como vehículo de dominación, imponiéndose la presencia del poder persuasivo en la palabra hablada.

Pericles había actuado como gran orador, de enorme capacidad para la convicción, pero nunca dispuesto a manipulaciones retóricas que pudieran conducir a situaciones de alto riesgo. Era un auténtico líder, sostenido en su status personal dentro de la Asamblea y en su fuerza carismática arrolladora. Sin embargo, en su palabra estaba “la verdad” incuestionable, que al final terminaba imponiéndose. Porque ganaba y ejercía su influencia con el peso que le daban sus planteamientos coherentes (no por ello carentes de sutilezas), su prestigio y su capacidad para lograr la credibilidad. Luego venía la espontaneidad del debate y el voto libre (si bien sujeto al hábito y a la tradición; a la influencia de la familia y los amigos, de la clase y de la posición social, a las experiencias personales, etc.) ejercido luego que cada intervención o discusión procurara persuadir a la

audiencia, todo lo cual implicaba una verdadera actuación, completa en cada una de sus partes¹⁰.

Tucidides afirma que

Pericles, que poseía gran autoridad por su prestigio e inteligencia y era manifiestamente inaccesible al soborno, contenía a la multitud sin quitarle libertad, y la gobernaba en mayor medida que era gobernado por ella; y esto, debido a que no hablaba de acuerdo con su capricho para buscarse influencia por medios indignos, sino que, gracias a su sentido del honor, llegaba a oponerse a la multitud. Así, pues, cuando se daba cuenta de que los atenienses, ensoberbecidos, tenían una confianza injustificada, con sus palabras los contenía, atemorizándolos, y cuando sin razón temían, les devolvía la confianza. Y era aquello oficialmente una democracia; pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano (II, 65, 9).

Plutarco atribuye esta dignidad que asistía a Pericles a su vinculación con intelectuales de renombre como Damonides, Zenón y Anaxágoras.

De allí extrajo no sólo una dignidad de espíritu y una nobleza de lenguaje que estaban por completo libres de las bufonías vulgares e inescrupulosas de la oratoria popular, sino también una compostura en el aspecto que jamás se disolvía en carcajadas, una serenidad en los movimientos y en el arreglo elegante de sus ropas que nada podía perturbar cuando hablaba, una voz firme y modulada con suavidad y otras particularidades de ese mismo tipo que impresionaban profundamente a quienes le oían (Pericles, 5, 1).

La muerte de Pericles marcó un cambio radical en la historia social del liderazgo ateniense. Y ello no sólo en lo referente al origen familiar de los nuevos oradores (después de Pericles surgió una nueva clase de líderes salidos de sectores más populares) sino y muy especialmente en torno a las estrategias discursivas demagógicas que hacia finales del siglo V dominaron la Asamblea, siguiendo hasta sus límites la lógica de articular las ambiciones, los miedos y los prejuicios del demos y del poder judicial.

Si bien la mayoría de los demagogos eran ricos porque poseían esclavos artesanos en propiedad y algunos, como Cleón y Cleofón eran mucho más aristocráticos de lo que nos pudieran hacer pensar las fuentes, fueron hábiles en el ataque a las pretensiones e incompetencias aristocráticas. Constituyeron un perfil político diferente munidos de unas habilidades administrativas y oratorias de gran vuelo y, en lo fundamental, capitalizaron los valores y actitudes tradicionalistas del sector campesino de la sociedad ateniense.

Con ellos la palabra se transformó en vehículo del poder, metodología que si bien no era nueva, adquirió plenitud después de la década del 450 especialmente en Atenas e instó al desarrollo de las técnicas de persuasión efectiva por parte de quienes asumieron el liderazgo político, cuyos resultados pueden verse en los discursos (tanto en los transmitidos directamente, los registrados o recreados como los “inventados” libremente en las narraciones historiográficas).

Ciertamente, todos esos textos demuestran cómo se manejaba el poder de la oratoria pública, y como se apelaba a la persuasión a través del manejo de las actitudes, los valores y los prejuicios de sus oyentes. Es significativo, por ejemplo, el discurso de

Bdelykleón (422 a.C.) en “*Las avispas*” de Aristófanes; para comprender cómo los llamamientos a los prejuicios o a los intereses egoístas de los asistentes a la Asamblea son abundantes y efectistas:

*Pensadlo bien: ahora que podríais ser ricos, todos y cada uno de vosotros, sólo habéis sido enredados por los políticos de una u otra forma. Vosotros, que gobernáis sobre innumerables ciudades, desde el Mar Negro hasta Cerdeña, no obtenéis de ellas ninguna clase de ventaja, con exclusión de la paga, ésa que os dejan gotear con la lana, como se hace con el aceite, un poquito a la vez, lo bastante para manteneros apenas con vida. Ellos quieren que sigáis siendo pobres, y os diré el porqué: para hacer que comprendáis quién es el amo, para que cuando ellos os silben, cuando tengáis que arrojaros contra algún enemigo rugiendo, saltéis contra ellos con fuerza. Si de verdad quisieran proporcionar al pueblo una vida plácida, sería bastante fácil. En ese momento son mil las ciudades que os pagan tributo. Si alguien le pidiera a cada una de ellas que mantuviese a veinte hombres, entonces veinte mil hombres del pueblo podrían vivir de conejos guisados, con guirrnaldas de toda clase y nata y queso del mejor, gozando de las cosas buenas de vuestra tierra y del trofeo de Maratón (Aristófanes, *Las avispas*, 698-711).*

Sobrevuela en esta pieza oratoria la teoría que las victorias de Atenas durante las guerras contra los persas concedían a la ciudad y a sus habitantes el derecho de una posición privilegiada.

Este sentimiento aflora también en la siguiente arenga del diplomático ateniense en Sicilia (415 a.C.), que Tucídides recrea:

Para ser estrictamente veraces, nada injusto

hemos hecho al reducir a la dependencia a los jonios y a los habitantes de las islas, esos parientes a quienes dicen los siracusanos que hemos esclavizado. Ellos, nuestros parientes, se habían rebelado contra su tierra natal, es decir contra nosotros, junto con los persas, y en lugar de tener el valor de sublevarse y sacrificar su propiedad, como lo hicimos nosotros al abandonar nuestra ciudad, eligieron ser esclavos y quisieron que también nosotros lo fuéramos. Por esto merecemos gobernar un imperio propio, porque hemos puesto la mayor de las flotas y un patriotismo indomable al servicio de todos los griegos y porque ellos, los que hemos sometido, nos agraviaron con su servilismo fácil ante los persas (Tucídides, 6, 82, 2-83, 1).

Muy significativo, por las consecuencias que generó, es el discurso de Alcibades aconsejando a los atenienses llevar a cabo la expedición a Sicilia:

...Así están, pues, las cosas en Sicilia, según mis informes; facilísima os será esta empresa, e incluso más fácil por haber entre ellos muchos bárbaros que por odio a los siracusanos les atacarán con nosotros (. . .). “Considerando, pues, estas cosas, favorecemos nuestros intereses si marchamos a Sicilia, y llevamos a cabo la expedición, a fin de abatir el orgullo de los peloponeses demostrándoles que vamos a Sicilia despreciando la paz presente y además a fin de imponer nuestro imperio sobre toda Grecia al hacernos dueños de aquellos territorios o bien al menos debilitar cuanto podamos a los siracusanos, con lo cual prestaremos un servicio a nosotros mismos y a nuestros aliados. Cuanto más que tendremos allí nuestra armada en seguridad y podremos quedarnos allí si viéramos que hay ventaja, o si no vol-

ver cuando nos pareciera, pues tendremos superioridad naval incluso sobre todos los sicilianos juntos.

No prestéis atención a las palabras de Nicias, directamente encaminadas a la inacción y la desunión entre jóvenes y viejos, antes bien, siguiendo la costumbre de siempre, del mismo modo que nuestros padres deliberando juntos elevaron nuestro poderío hasta este punto, intentad de igual forma aumentarlo y pensad que la juventud y vejez nada pueden la una sin la otra, pero reuniéndose la ligereza, la moderación y el escrúpulo excesivo es cuando más fuerza tienen y que la ciudad, si permanece ociosa, se agotará por sí misma como todas las demás cosas, y decaerán sus buenas disposiciones (. . .)

En resumen, mi parecer es que una ciudad acostumbrada al trabajo y que de pronto se entrega al ocio, se hundirá rápidamente y que los pueblos que viven con más seguridad son aquéllos que se gobiernan con el menor desacuerdo posible con sus costumbres y sus leyes, aunque sean menos buenas (Tucídides, VI, IV).

Como se advierte, Alcibíades, mentía en aras de lograr su ambicioso sueño de convertir a Atenas en dueña y señora del Mediterráneo oriental y occidental, y al mismo tiempo, afianzar su figura política en vistas a sus proyectos de poder. Y logró que los atenienses aceptaran el desafío, a tal punto, que haría decir a Plutarco que

con sus discursos la había alucinado (. . .) los jóvenes en las palestras y los ancianos sentados en sus talleres o en sus reuniones, diseñaban el plano de Sicilia, describían el mar que la rodea y los puertos y sitios por donde más se avecina al Africa. Porque no

se contentaban con ganar la Sicilia (. . .) sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los cartagineses, y dominar en el Africa y en todo aquel mar hasta las columnas de Hércules” (Plutarco, Nicias, XII).

En la argumentación de Antifonte (“Tetralogía”, I, B 12) (420 a.C.), aseverando su condición de hombre pudiente que cumplía con la “liturgia”¹¹, los fundamentos guardan un equilibrio precario sobre alegatos imposibles de probabilidades:

En cuanto a mí, percibirás por mis acciones anteriores que no soy un conspirador ni tengo los ojos puestos en lo que no me pertenece. Por el contrario, a diferencia de mis oponentes, he pagado impuestos a la propiedad muy elevados, he sido trierarca muchas veces, he equipado coros con magnificencia, otorgué préstamos libres de interés a muchos hombres y pagué hipotecas elevadas para ayudar a muchos ciudadanos. La riqueza que poseo son el producto de mis propias energías, y no resultado de procedimientos judiciales: soy afecto a los sacrificios y al cumplimiento de la ley. No debéis condenar a una persona como yo bajo ninguna acusación de impiedad ni de oprobio.

Como se advierte, Antifonte el Sofista, se vuelve contra la probabilidad más que contra la evidencia, y esto estaría mostrando con qué facilidad podían ser subyugados los testigos complacientes.

Las simplificaciones históricas –los reduccionismos– también apelaban a la persuasión del incauto. Así opinaba Andócides para favorecer la paz con Esparta, en el 392-391 a.C.:

Tras declarar la guerra por segunda vez a causa de los megarenses y tras abandonar nuestra tierra al pillaje, después de habernos visto privados de muchas cosas buenas, sellamos otra vez la paz que Nicias, el hijo de Nikeratos, negociara para nosotros. Creo que todos sabéis que debido a esta paz llevamos más de siete mil talentos en monedas al Acrópolis, llegamos a tener más de trescientas naves y recibimos un tributo anual superior a los mil doscientos talentos, además de poseer el Quersoneso, Naxos y más de dos tercios de la Eubea: sería demasiado prolijo hacer una lista individual de las otras colonias. Con todas estas ventajas entre las manos, fuimos otra vez arrastrados a la guerra con los espartanos, también en este caso persuadidos por las palabras de los argivos (Andócides, 3, 8-9).

Este pasaje presenta como seis errores importantes y excesivas ligerezas de apreciación; además demuestra que la memoria de la mayoría del pueblo con respecto al pasado era bastante vaga para que argumentos similares al expuesto fueran persuasivos¹².

Por último, el discurso fúnebre de Gorgias exalta la imagen de un ciudadano ideal, que aún considerándola como su propia “interpretación”, no cabe duda que era aceptada plenamente en cualquier ciudad griega:

Todos ellos ejercitaron, primordialmente y como correspondía, la mente y el cuerpo, la una en el concejo, el otro en la acción; fueron una ayuda para los que se hallaban en medio de la adversidad no merecida, castigaron a los que gozaban de una prosperidad injusta; eran osados cuando se trataba del bien común, rápidos para decidirse por la causa justa, capaces de controlar mediante

la prudencia de la mente la imprudencia del cuerpo, violentos con el violento, mesurados con los que lo eran a su vez; no sentían temor ante quienes no lo sentían y aterrizaron a los que querían, por su parte, aterrizarlos. La prueba de estos hechos se halla en los trofeos que arrebataron al enemigo, un honor para Zeus, y una dedicatoria de sí mismos: hombres que mantienen una relación con el espíritu eterno del guerrero, con el amor que la ley permite, con la rivalidad bajo las armas, con la paz; hombres que son amigos de las artes, que muestran su reverencia a los dioses con su sentido de la justicia, que dejan ver la piedad hacia sus progenitores en el cuidado que les brindan y la justicia ante sus amigos respetando la palabra a ellos empeñada. Por todo esto, aunque hayan muerto, la añoranza de ellos no ha muerto sino que, inmortal aunque la abriguen cuerpos mortales, vive y perdura, alimentada por el recuerdo de los que ya no están con vida (Gorgias, "Oración fúnebre" (epitáphios") DK 82 B 6)¹³.

Conclusión

A través de la breve reseña de discursos presentados puede decirse que en cada uno de ellos se advierten las estrategias de moda que permitían ejercer el poder, acrecentarlo, crearlo, mantenerlo y controlarlo. Ningún hombre público, aunque fuera honesto, podría obviar el uso de las técnicas que estaban a su alcance para "persuadir", "convencer" y "ser creíble"; para publicitar una "imagen que le permitiera ser aceptado por todos a la vez que votadas sus propuestas; en fin, para ganarse la voluntad popular en la dura puja competitiva que muchas veces debió afrontar.

Ahora bien, esta competición por el poder en general era considerada una compe-

tición por el honor, aunque hubo algunas excepciones¹⁴. De todas maneras, este esquema de pensamiento tuvo gran preponderancia, ya que hundía sus raíces en lo profundo del "ethos" homérico y había recalado luego en el espíritu de los juegos Panhelénicos y en los festivales del Estado.

Pero ahora, la competencia por el honor y el prestigio hizo que la lucha por el poder entre los políticos se convirtiera en moneda corriente y de esta suerte, es factible apreciar el efecto de la convicción de un oponente ante la corte, o de qué manera el triángulo "político-opponente-pueblo" (asamblea o jurado) podía explotarse presentándose como "amigo del pueblo" ante el oponente que (por vía de implicación o por el alegato explícito) no lo es, o de qué forma los políticos tomaban y mantenían la iniciativa al plantear propuestas bien formuladas (como lo hizo Pericles).

Pero en todo ello va de suyo el poder de convicción que ejerció la "palabra desacralizada-sacralizada" que sustenta el político, el demagogo, el retórico para construir el "discurso del poder", expresión de un pensamiento y unas prácticas que se afirman en determinadas formas de "decibilidad", "conservación", "memoria", "reactivación" y "apropiación"¹⁵.

Y en este punto se producirá la vuelta a una instancia anterior al de la instauración democrática ateniense, es decir al momento en que la palabra lograba la "verdad" sólo en el decir de un personaje de excepción que marcaba los caminos a seguir con su única y sabia expresión. Luego, hacia el siglo V a.C. se produjo la liberación de aquella verdad, que ahora se encontraría sólo en el disenso, en el debate fundamentado, en las discusiones desarrolladas en la Asamblea popular, en voz alta y a la vista de todos.

Sin embargo, poco a poco, y tras la crisis desatada antes, durante y “a posteriori” de la Guerra del Peloponeso, la palabra-discurso, quedó nuevamente cautiva de una única voluntad: de aquél que lograba manejar las decisiones del demos con la habilidad de una retórica tan alucinante como engañosa, tan persuasiva como falaz, tan ligera como intencionada. Lo que ocurría es que dentro del mismo ambiente en que se desarrollaban los

discursos contrapuestos se fueron introduciendo los argumentos que minarían los fundamentos del sistema democrático. Y es que a partir de ahora, los oradores que se expresaban en los momentos conflictivos eran aristócratas y además herederos de los sofistas, es decir, de los profesionales de origen externo que enseñaban las técnicas por un “mishós”¹⁶.

NOTAS

- ¹ MARTINO, Adriana. *La palabra en el universo democrático en la antigua Atenas en XV Simposio Nacional de Estudios Clásicos*. Mendoza, Universidad nacional de Cuyo, 22 al 25 de Septiembre 1998.
- ² *Ibidem*, págs. 2 y 3.
- ³ MANN, Michael. *Las fuentes del poder social, I. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.* Alianza, Madrid, 1991, págs. 299-300.
- ⁴ Goody J. y Watt, I. *The Consequences of literacy*. Cambridge. Cambridge University Press, 1968.
- ⁵ GOODY, J. *Introduction*. En su obra *Literacy in Traditional Societies*. Cambridge. Cambridge University Press, 1968.
- ⁶ MANN Michael. Op. Cit. Pág. 300. Al principio la alfabetización se difundió a partir de los fenicios y a lo largo de rutas comerciales, quizá a las colonias meridionales del Asia Menor, y luego a los principales comerciantes y sectores de población pudiente de cada ciudad - Estado. La difusión no caló muy hondo, pero fue suficiente para que, con un importante comercio marítimo y la apertura a las influencias exteriores, Atenas dejara a Esparta muy por detrás.
- ⁷ DÍAZ Esther. *Metodología de las Ciencias Sociales*. Biblos, Buenos Aires, págs. 32 y ss.
- ⁸ STRATTON, J. *Writing and the concept of law in ancient Greece*, en: *Visible Language*, 14. (Ref.: en MANN, Michael. Op. Cit., pág. 333).
- ⁹ Adriana B. Martino. Op. Cit., pág. 5 y ss.
- ¹⁰ FINLEY, M.I. *Demagogos atenienses* en: FINLEY, M.I (Comp.) *Estudios sobre historia antigua*. Madrid, Akal, 1981, págs. 23-24.
- ¹¹ *Liturgia*: prestación de un particular que hacía funcionar a su costa un servicio público. Una liturgia extraordinaria era la trierarquía (mandar un navío y asumir una parte de sus gastos), mientras que las liturgias ordinarias se destinaban a organizar distintos aspectos de una fiesta religiosa.
- ¹² DAVIES, J. K. *La Democracia y la Grecia Clásica*. Taurus, Madrid, 1981, pág. 112.

¹³ Véase: *Ibidem*, pág. 112.

¹⁴ Por ejemplo, cuando Tucídides se refiere a Pericles y a sus sucesores, siempre lo hace en términos de “poder”. Pero de un modo general Aristóteles reflejaba las ideas vigentes al decir: “Las personas de refinamiento superior y de disposición activa identifican la felicidad con el honor, porque, hablando sin precisión excesiva, ése es el objetivo de la vida política” (*Ética nicomaquea*, 1905 b, 22-23). Jenofonte, por su parte, juzga a la Tiranía como una concentración de honor (*Hierón*, 7, 3-4).

¹⁵ FOUCAULT, M.. *El discurso del poder*. Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983, págs. 72-73.

¹⁶ PLÁCIDO, D. *La Sociedad Ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*. Barcelona, Crítica, 1997, págs. 282-283.

FUENTES

TUCÍDIDES. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid, Gredos, 2000.

PLUTARCO. *Pericles*. Madrid, Gredos, 1998. Vol II.

----- . *Nicias*. Madrid, Gredos, 1998. Vol. II.

ARISTÓFANES. *Las avispas*. En *Aristophane. Comedies*. Paris, Les Belles Lettres, 1930.

ALBINI, U. *Andocide - De Pace*. Florencia, Le Monnier, 1964.

GORGAS. *Oración fúnebre ("epitáphios")*. En: DIELS, H. y KRANZ, W. *Die Fragmente der Vorsokratiker*. Berlín, 1951.

Antifonte. En CARAWAN, E.. *The Tetralogies and Athenian Homicide Trials*. A.J.P.h, 114, 1993.

ARISTÓTELES. *La Constitución de Atenas*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970.

----- . *Política*. Madrid, Alianza, 1986.